

DE LOS CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA EMPÍRICA PERSONAL DE UN AMIGO DE JULIÁN MARÍAS

Alejandro Abad^a

Fechas de recepción y aceptación: 30 de marzo de 2015, 2 de noviembre de 2015

D. Julián Marías, va a hacer en unos días 13 años, publicó una tercera de *ABC* en la que reflexionaba sobre sus “Viejos y nuevos amigos” y de paso hacía una serie de perspicaces apuntes de los peligros que nos acechan a quienes pertenecemos a generaciones muy posteriores a la suya.

Yo, en homenaje a su amistad, voy hoy a hacer un repaso sobre la forma en que D. Julián Marías cambió mi vida.

Sabido es que, con cada nuevo encuentro personal, ya sea de experiencias sociales, geográficas y por supuesto personales se produce el nacimiento de lo que D. Julián Marías llamó trayectorias.

Cada vez que cambiamos de vecindad, ya sea barrio, ciudad o nación, se produce en nosotros un ensanchamiento, o tal vez angostamiento, de nuestra persona. Tam-

bién nos pasa cuando del colegio pasamos al instituto y, de forma más acentuada, a la universidad.

La incorporación de personas a nuestro círculo de amistades o de las personas que tratamos de forma habitual influye. Desde la plena y radical experiencia del enamoramiento a la turbadora o infernal que nos producen aquellas personas cuyo trato, próximo o no, despierta en nosotros sentimientos negativos o envilecedores.

En cuestiones personales, como en todo lo humano, hay grados. Ni todo cambio geográfico nos marca de igual manera, ni tampoco los encuentros personales nos afectan ni en intensidad, ni en extensión de la misma manera. Para empezar, las diferencias más importantes van a depender del sujeto que recibe esa

^a Abogado y discípulo de Julián Marías.
E-mail: alejandro@alcyonabogados.net



nueva incorporación. De su sensibilidad, de su curiosidad, de su generosidad va a depender en grado máximo la forma en que la persona recién conocida afecte a su persona.

Como nos decía D. Julián en el artículo que he recordado, le preocupaba mucho “un peligro de los adultos, a los que veía como árboles rodeados de una corteza protectora y aislante. Me horrorizaba esa perspectiva, me parecía lamentable esa condición tan frecuente de los instalados en la madurez, el éxito, el afán de seguridad, a veces la petulancia. Yo aspiraba a no tener nunca corea, a mantener la flexibilidad de lo que es vivo, a morirme sin ese revestimiento que enconaba funesto”.

Desde luego puedo asegurar que D. Julián no tenía esa corteza que tan conscientemente quiso no llegar a tener. Durante muchos años pude gozar de su amistad y trato muy asiduo a pesar de la diferencia de edad y de calidad personal, intelectual y relevancia social. Y mi experiencia personal fue la de total apertura, sin restricciones, de una amistad íntima en sentido estricto. Algo que, a veces, echo de menos en personas con las que tengo contacto asiduo, pero superficial.

D. Julián empezó a conmovir mi persona antes de que yo me pudiera considerar amigo suyo. Tuve el primer contacto con él cuando impartía un curso llamado “La felicidad humana” en el Instituto de España que tenía su sede en la antigua Universidad de Madrid en la calle de San Bernardo.

Era yo entonces estudiante universitario de Derecho en Alcalá de Henares. Tuve allí ilustres profesores de gran calidad. Sin embargo, D. Julián, como docente, superaba todas mis expectativas y supuso un salto cualitativo en el grado de interés que despertó en mí.

A los pocos meses apareció un libro con el mismo título que el ciclo de conferencias al que había asistido y lo leí con el mayor interés. Al hacerlo, podía oír su voz y recrear la cadencia de sus palabras cuando fueron pronunciadas meses antes. Estaba entusiasmado.

El siguiente año, curso 1987-88, asistí al titulado “La educación sentimental”, que también se convirtió en un libro pasados unos meses desde la conclusión del ciclo de conferencias.

Cuando en 1989 empezaron a publicar las Memorias de D. Julián bajo el título *Una vida presente*, yo, como le reconocí en una carta al propio D. Julián, no podía dejar de leerlas en detrimento del tiempo que debía dedicar a la última asignatura de que debía examinarme para acabar la carrera. D. Julián Marías me tranquilizó. Y me dio una enorme alegría cuando recibí una carta suya en la que me decía que “sentiría que sus lecturas [por las de sus libros] perjudicaran sus estudios, pero lo que se lee con interés nunca viene mal, y lo que se gana con ello compensa de otras pérdidas”.

En ese momento todavía no había llegado a tener más que ese leve contacto de carácter personal, aunque ya era asiduo de las conferencias y no solo había leído



cuanto D. Julián estaba publicando, sino que había empezado a rastrear sus orígenes filosóficos y las obras precedentes.

En el verano de 1991, D. Julián Marías dirigió un Curso de Verano de la Universidad Complutense en la sede de Aguadulce en Almería sobre D. Miguel de Unamuno. Conseguí una beca y pocas veces en mi vida he sido más feliz que en esos días. No solo estaba D. Julián. Había invitado a una serie de profesores de lo más selecto que se podía encontrar: D. Pedro Laín, D. José Luís Pinillos, D. Lázaro Carreter, D. Harold Raley... Durante unos días podíamos asistir a las tertulias de sobremesa y, con otros alumnos, comentar las conferencias.

Una de las asistentes —a la que ya conocía por otros motivos— me comentó al poco tiempo que una amiga le había pedido ayuda para hacer una entrevista a José Luís López Aranguren y que también habían pensado en mí para entrevistar a D. Julián Marías para una publicación que editaba la Sociedad Española de Profesores de Filosofía.

Yo no pude asistir a dicha entrevista, pero sí a la redacción de las preguntas. La revista *Paideia* la publicó en el número de octubre-diciembre de 1993. A raíz de esta surgió una verdadera amistad. D. Julián nos llamó para invitarnos a ver con él en el Teatro Español la obra de Zorrilla *Traidor, infanoso y mártir* y, después, nos invitó a cenar en el restaurante Guría. Al acabar nos propuso volver a cenar pasado un tiempo. Así fue. Primero con periodicidad bimensual y a temporadas con más

asiduidad nos seguimos viendo, incorporando más adelante a más amigos o nuestras parejas a estas cenas.

D. Julián Marías nos propuso que colaboráramos con la revista *Cuenta y Razón* de la Fundación de Estudios Sociológicos, que él presidía, para transcribir las conferencias de unos ciclos que él organizaba, inauguraba y concluía. Tenía además la deferencia de asistir a todas las conferencias para acompañar al ponente.

Como D. Julián no conducía, a pesar de que asiduamente usaba los transportes públicos cuando le conocimos y alguna de sus amigas siempre se ofrecía para llevarle, los últimos años dejó que fuera yo su “chófer” habitual. Su vida era increíblemente activa en esos años pese a su edad. Le podíamos ver hasta tres veces a la semana: en el curso de FUNDES, en su conferencia del Instituto de España y en la del Colegio Libre de Eméritos. Además, le podíamos leer todos los jueves, pues durante años, la tercera del *ABC* de ese día, salvo contadas excepciones, la escribía él.

Los domingos por la mañana, además, durante los años en que fui vecino suyo, pude acercarme a su casa a comentar cuestiones de todo orden: desde las más personales a las sociales o culturales más de actualidad. Este extraño privilegio es una muestra más de su también extraña generosidad. No se debe, desde luego, a mérito alguno mío.

Probablemente sin llegar a tener tanto contacto personal, solo con la lectura de sus obras, yo habría sido otro que antes de tener trato personal. Su obra permitía



conocerle en su mismidad, como él decía. Pero, evidentemente, en la proximidad se manifestaba todo él y se hacía todavía más transparente. Uno podía comprobar que todo lo que había leído –y lo que intuía que había detrás de esas obras– se confirmaba o reafirmaba por el conocimiento directo del autor.

Lo bien cierto es que, según su teoría desarrollada en *Antropología Metafísica*, conocerle había afectado a mi estructura empírica. Mi vida –y me imagino que la de la de sus muchos amigos y discípulos, además de sus lectores, cuyo entusiasmo he podido comprobar muchas veces– cambió de forma radical a partir del descubrimiento de su obra y a través de ella de su persona.

Señalaré seguidamente a qué ámbitos de mi persona afectó y sobre todo la intensidad o radicalidad con que lo hizo en aspectos que entiendo fundamentales.

Rigor intelectual

En primer lugar, pienso que los que han leído con la suficiente asiduidad a D. Julián, los que a partir de esas lecturas han llegado a sentirse íntimamente ligados a su persona y le hayan conocido personalmente o no, le consideran su amigo, adquieren una aguda capacidad para no engañar, ni engañarse (eso decía él de quienes habían pasado por Ortega, en la entrevista de la *Paideia*). Se adquiere un *rigor intelectual*, que deriva de la pureza de su pensamiento y de la confianza y la exigencia de la razón, como herramienta del

mismo y la verdad como límite al discurso y al argumento.

Curiosidad

Los lectores y discípulos de D. Julián hemos sido despertados a una *curiosidad* sin límites. La obra de D. Julián Marías abarca tantos aspectos de la realidad, vista siempre desde la perspectiva filosófica, pero sin ceñirse solo a ella, que la amplitud de esta que nos muestra, nos ofrece, engrandece la nuestra personal en grado difícil de medir.

Sus cursos y sus libros abarcaban desde cuestiones históricas, a sociales, a políticas, a las más personales en cuya exploración se afanó los últimos años de su vida (*La felicidad humana, La educación sentimental, La perspectiva cristiana, Persona*). Sus lectores y seguidores recibíamos con cada una de sus obras o conferencias la apertura a realidades mostradas desde la admiración, desde la fruición y el placer que todas esas realidades proporcionan a quien con generosidad se acercaba a las mismas. Desde sus lecturas se abrieron ventanas a innumerables realidades que se fueron incorporando a mi persona, y que sin D. Julián hubieran permanecido ajenas a esta.

Exigencia moral

Esta cuestión tiene que ver con la primera del rigor intelectual, pero no es absolutamente coincidente. La conciencia de la libertad que nos es intrínseca, que



forma parte de nuestra estructura analítica, afecta de forma radical a la manera en que valoramos nuestros actos, más aún que los de los demás.

Solo nosotros mismos y Dios –si somos veraces, si actuamos de forma radicalmente rigurosa en cuanto a nuestra vocación, a nuestras trayectorias, a nuestras pretensiones– podemos juzgar nuestros actos desde la perspectiva que puso de manifiesto en su libro *Tratado de lo Mejor, la moral y las formas de la vida*. Esto es desde la necesidad de contrastar nuestros actos con el que sería el mejor dentro de los muchos, o pocos, que pudiéramos haber realizado en cada determinada circunstancia.

Referencia a España

La visión positiva de la realidad, su constante *referencia a España* dentro de esa realidad, ha afectado de manera también radical a quienes le hemos seguido. Uno de los libros de los que se sentía especialmente orgulloso, *España Inteligible*, ha dado razones para amarla y para sentirse confortablemente instalado en su historia. Una España referenciada, complementada e indisolublemente unida a Hispanoamérica. Una España integrada históricamente en Europa y la civilización occidental.

Amistad

Ha marcado D. Julián profundamente mi sentido de la amistad. Me parece ab-

solutamente excepcional su persona por la cantidad de amigos que pudo tener. Si repasamos sus memorias, además de constante trabajo y pensamiento, encontramos innumerables referencias a personas a las que trata como amigos. Hubiera o no llegado a tener trato personal con D. Julián, de la lectura de sus obras habría llegado a la conclusión de lo importante que es la posibilidad de la amistad.

Enamoramiento

Mención aparte merece la cuestión del enamoramiento, al que no solo dedica preciosas páginas en varios de sus mejores libros, empezando por la *Antropología Metafísica* y *La educación sentimental*, sino del que él mismo daba testimonio personal y que hacía que los jóvenes realmente creyésemos en su posibilidad en un grado de implicación y radicalidad que es difícil encontrar en otras personas y sus obras.

Cuestión religiosa

Por último, no quiero dejar de señalar la profunda huella marcada por su obra y el trato con su persona en la cuestión religiosa. No son pocos los libros sobre estas cuestiones: *La Perspectiva Cristiana*, *Problemas del Cristianismo*, *Sobre el cristianismo*, además de algunos de sus primeros escritos como su tesis sobre *La filosofía del Padre Gratry* o *San Anselmo y el insensato*. D. Julián fue un cristiano en estado puro, y en su trato se descubrían las virtudes cristianas de manera natural, sin que él



alardeara, y mucho menos se manifestara beligerante en la manifestación de estas. Si uno repasa, en él encuentra todas esas virtudes cristianas en grado de ejemplo.

A D. Julián le gustaba hablar de Dios y de la esperanza en la vida perdurable, sin la cual se le hacía insoportable la ausencia de las personas queridas ya fallecidas. Sin pudor hablaba de lo que le dolía no tener a Lolita con él, aunque siempre la tuviera presente y, como señaló en *La vertiente religiosa de la justicia social (Problemas del cristianismo)*, le parecía literalmente una injusticia el intento de privar a la persona de la esperanza en la vida perdurable. Hablaba de la claridad de los Evangelios y la llamada a través de estos a la imitación de Cristo.

D. Julián es un ejemplo de caridad. Podía atacar, como lo hacía en el artículo mencionado antes, actitudes que le parecieran reprobables. Pero no se encontrarán escritos suyos con ataques personales. Creía realmente en la redención, en el arrepentimiento, y su correspondiente perdón. Su rigor intelectual no hubiera podido soportar el ataque a una persona que hubiera rectificado un error o disculpado una falta. Lo escrito queda. El ata-

que personal si se publica se perpetúa cada vez que es leído. La persona es capaz de arrepentimiento y D. Julián consideraba una injusticia que la publicación mostrara una imagen de la persona que no se correspondiera con su actitud depuesta, con su rigor recuperado, con su arrepentimiento —manifiesto o íntimo— con respecto a actos previos.

Los cristianos nos nutrimos de los testimonios de Cristo en primer lugar y de los Santos y personas buenas que encontramos en la vida. D. Julián fue para mí un ejemplo vivo de hasta dónde se puede confiar en Dios, de cómo se puede conducir honestamente por la vida, sin dañar a nadie, amando la obra de Dios, extrayendo amorosamente los ingredientes de la realidad y mostrándolos, también con mucho amor a los demás. Fue maestro, amigo, ejemplo, referente, cobijo intelectual y moral donde refugiarnos, con quien guiarnos cuando nos sentimos perdidos. Es sin duda quien más me ha mejorado como persona, me ha enriquecido, y me mantendrá anhelante hasta que vuelva a encontrarme con él, cosa en la que sinceramente confío.

